

Limpieza social. Una violencia mal nombrada.
Centro Nacional de Memoria Histórica.
Bogotá: CNMH - IEPRI, 2015. 291 pp.

Ingrid Carolina Pabón Suárez¹

Universidad Nacional de Colombia, Colombia
icpabons@unal.edu.co

El título de este informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, escrito por Carlos Mario Perea Restrepo, deja clara una primera apuesta del autor: sancionar la manera como se nombra un tipo de violencia ampliamente conocida como “limpieza social” y proponer una categoría alternativa: exterminio, aniquilamiento o matanza social. El horizonte analítico de este documento lo constituye la pregunta por cómo se arma el consentimiento sobre esta práctica. Me concentraré en algunos aportes particularmente novedosos, teniendo en cuenta la escasa literatura existente sobre esta práctica violenta,² que se hizo visible en Colombia desde finales de la década de 1970. Este documento traza un panorama distrital y nacional, aunque la investigación etnográfica se concentró en Ciudad Bolívar. De esta manera da cuenta de un fenómeno que no se circunscribe a esta localidad.

Para el profesor Perea (2016), el exterminio social tiene cuatro características: la condición social, la identidad conflictiva, la calle como lugar de ocurrencia y su carácter repetido y sistemático. Sostiene: “se está en presencia de un episodio de

.....
¹ Magíster en antropología, Universidad Nacional de Colombia. Licenciada en Biología, Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Integrante del Grupo Conflicto social y violencia del Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional de Colombia.

² Poca literatura académica ha tenido como eje este tema. A continuación cito los trabajos cuyo tema central es esta práctica: Rojas (1994); Mateus (1995); Ordoñez (1995); Stannow (1996); Pinzón (2007); Góngora y Suárez (2008); Rocha (2009); Salcedo, Suárez y Vallejo (2010); Pabón (2015; 2016); Zambrano y Marchi (2015); Perea (2016).

aniquilamiento social cuando se produce el repetido asesinato en la calle de una identidad socialmente conflictiva” (2015, p. 45). En esencia, converge con la manera como se ha conceptualizado la “limpieza social”. Sin embargo, hay dos aspectos de su propuesta que quiero resaltar; en primer lugar, esta práctica no se inscribe en las lógicas del conflicto armado, de modo que es clave entenderla, al menos en los contextos urbanos, ligada a la configuración de la ciudad. Y en segundo lugar, este tipo de violencia se distingue de otras formas de victimización por el conflicto que pretende “resolver” y por las personas que victimiza. Estas dos características permiten entender, en cierta medida, el silencio alrededor de los crímenes cometidos bajo esta modalidad, pues, como señala Perea, no se conecta con los esquemas de representación hegemónicos del conflicto en Colombia. Un esquema es aquel que reduce el conflicto violento al conflicto armado y un segundo esquema es la “lectura politicista del conflicto”, es decir, la “tendencia a interpretar toda expresión violenta como una modalidad de la disputa política” (p. 23). De esta manera resultan marginadas otras facetas del conflicto en Colombia, como la expresada a través de la “limpieza social”.

Ahora bien, el consentimiento social se nutre de la estigmatización y se produce en un escenario en el que se cruzan dos factores: el Estado no logra jugar un papel mediador en los conflictos y el homicidio se produce de manera intensa y diversa. Tres tipos de mediaciones soportan dicho consentimiento: pasivas, activas y locales. Con mediación pasiva el autor alude al silencio de la academia, pues el tema ha sido pocas veces abordado—esto se relaciona con los esquemas de representación hegemónicos del conflicto ya señalados—, pero también, al silencio y a la incapacidad del Estado para detener la ocurrencia de esta práctica criminal. Pocos casos han sido motivo de investigación y no existe tan siquiera una categoría penal para esta modalidad. Por otra parte, está la mediación activa de los medios de comunicación al normalizar la práctica y no poner un acento crítico cuando informa sobre sucesos de “limpieza social”. Por el contrario, reproduce explicaciones simplistas que niegan su existencia. Otro

aspecto de esa mediación activa son los pánicos contruidos en las ciudades en torno a la inseguridad, particularmente al robo y al homicidio. El delincuente ocupa, dice Perea, el primer lugar en los pánicos colectivos. Finalmente, están las tres esferas de la mediación local definidas a partir de la investigación etnográfica desarrollada en Ciudad Bolívar; el uso de la práctica como estrategia de seguridad durante los procesos de configuración urbana, el papel de quienes han buscado tener legitimidad entre la población –bandas delincuenciales y grupos paramilitares– y la participación de integrantes de los organismos de seguridad en las ejecuciones.

El autor se detiene en esta última mediación y resalta el papel ejercido principalmente por tres tipos de actores, los habitantes de los barrios, los grupos armados y los agentes criminales. De acuerdo al protagonismo adquirido por cada uno en el ejercicio de esta práctica en Ciudad Bolívar, distingue cuatro periodos de tiempo: la gestión social (1989-1992), la gestión criminal (1993-2000) –refiriéndose a las bandas locales–, la gestión paramilitar (2000-2006) y la gestión de las nuevas bandas (2006-2013), estructuras locales que derivaron de la presencia paramilitar.

El telón de fondo en el primer intervalo de tiempo fue la autogestión de la vida urbana por parte de los moradores³ y las disputas por el suelo urbano; una característica del proceso de poblamiento de Bogotá. La matanza social surge entonces como estrategia de seguridad en los barrios donde la presencia estatal es precaria. Fue gestionada de tres maneras: local, en ese caso los moradores ejercieron de manera directa el crimen; pagada, lo que significó contratar un “escuadrón”, pandilla o banda para ejecutar la acción, y policial, en cuyo caso intervinieron agentes con la complicidad de los moradores. En el caso de la gestión criminal, los actores protagónicos son las bandas y las pandillas.⁴

.....
³ Esto lo muestro ampliamente en el caso de Patio Bonito. Para ampliar, véase Pabón (2016; 2017).

⁴ La banda es una estructura organizada cuyo objetivo es delinquir, a veces de manera especializada, por ejemplo, bandas de residencia. Mientras que las pandillas son agrupaciones cuyo propósito central no es el delito. Se caracteriza por la defensa de un territorio, la construcción de una identidad ligada a los barrios y el uso de la violencia y el delito para habitar los barrios (Perea, 2007; 2017).

Las bandas suelen imponer un tipo de orden social cuando se consolidan a través de esta acción violenta, algunas veces impulsadas por los moradores o con el ánimo de lograr legitimidad en los barrios. Empero, se convierten a su vez en blanco del aniquilamiento al igual que las pandillas. Perea deja claro que en Bogotá la acción criminal suele ser localizada y además no existen dominaciones violentas, es decir, macroestructuras que aglutinen el crimen como sucede en Medellín (Perea 2014; 2016).

En relación con la participación de grupos armados en las ejecuciones, Perea sostiene que la guerrilla ocupó un lugar marginal, mientras que las facciones paramilitares sí ejercieron un dominio territorial en Ciudad Bolívar; “se inmiscuyeron en los flujos cotidianos de la población local, imponiendo su poder de muerte” (2016, p. 207). El exterminio social se empleó como estrategia en la búsqueda de legitimidad, “toda vez que un agente violento consolida un poder mediante la administración de violencia” (2016, p. 207). En esto coincidieron también con la gestión criminal, aunque no sea posible equiparar el poder de las bandas con el poder paramilitar.

El último periodo está marcado por el accionar de estructuras conformadas luego de la desmovilización paramilitar. El vacío de poder paramilitar dio lugar a la reacomodación de la criminalidad, y el exterminio social es aún hoy una estrategia de legitimación y control. Finalmente, y como un aspecto transversal, está la conocida participación de miembros de entidades del Estado en la ejecución de esta práctica. Esto constituye la tercera dimensión de la mediación local del consentimiento.

Otro gran aporte de este informe es mostrar el exterminio social como una acción criminal extendida a lo largo de la capital y del país, a partir de la única fuente sistemática que existe sobre crímenes cometidos bajo esta modalidad, el banco de datos del CINEP. El informe contiene un balance de las víctimas en Bogotá desde 1988 hasta 2013, considerando las variables localidad, identidad de las víctimas y posibles victimarios. En

el panorama nacional que construye muestra su ocurrencia por tipo de acción, número de casos, casos por año, departamentos y municipios donde aparece con más frecuencia en este mismo periodo de tiempo. A pesar de algunas imprecisiones en las categorías usadas, particularmente para clasificar a las víctimas,⁵ este panorama permite dimensionar el problema. Entre 1988 y 2013, se reportaron 3.696 casos⁶ y 4.928 víctimas. Aun así no existen cifras oficiales sobre esta práctica.

También es necesario resaltar el trabajo de visibilización de las víctimas de este tipo de crimen en Ciudad Bolívar y la reconstrucción de dos eventos críticos en la historia de la localidad, la masacre de Juan Pablo II acaecida en 1992 y la masacre de Santa Viviana ocurrida en el 2001; una forma de hacer memoria a partir de las voces locales y de visibilizar a quienes han sido víctimas de este crimen.

En resumen, este informe es una contribución a la comprensión de las dinámicas del conflicto violento en Bogotá y, particularmente, del exterminio social como un fenómeno complejo. No se trata de victimarios perversos que ponen fin a la vida de quienes encarnan identidades no deseadas, sino de una práctica ampliamente aceptada, es decir, hay allí un sustrato cultural, configurado a partir de creencias de distinta naturaleza.⁷ Aunque algunos elementos del informe pueden ser debatibles, el propósito de esta reseña es resaltar el cuidadoso trabajo realizado por el autor y el equipo de investigadores, teniendo en cuenta las dificultades tanto para dialogar sobre el tema en algunos escenarios de la ciudad y encontrar su modo de operar, como para armar un panorama nacional y distrital.

⁵ Por ejemplo, las gráficas sobre identidad de las víctimas de exterminio social en Bogotá y en Colombia (pp. 134 y 152, respectivamente) muestran que se trata de: jóvenes, habitantes de calle, ciudadanos, delincuencia común, consumidores, expendedores, entre otras. Sin embargo, no es claro el criterio de uso de dichas categorías cuando se contabilizan los crímenes, pues un joven consumidor puede ser un joven habitante de calle.

⁶ El número de casos no representa número de homicidios. El exterminio se manifiesta a través del uso de un conjunto de prácticas violentas (Pabón, 2016; Perea, 2016) como amenazas, atentados, desapariciones, lesiones personales y tortura.

⁷ En mi tesis de maestría profundizo en este aspecto.

Referencias

Góngora, A. y Suárez, C. (2008). Por una Bogotá sin mugre: violencia, vida y muerte en la cloaca urbana. *Universitas Humanística*, 66(66), 107-138.

Mateus, S. (1995). *“Limpieza social”. La guerra contra la indigencia*. Santafé de Bogotá: Ediciones Temas de Hoy.

Ordoñez, J. (1995). *Ningún Ser Humano es Desechable. “Limpieza social”, Derechos Humanos y Orientación Sexual en Colombia. Informe conjunto de: Comité de Derechos Humanos de Colombia*. Madrid: Sodepaz.

Pabón, C. (2015). *“Limpieza social” en Bogotá. La construcción del indeseable* (Tesis de maestría). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.

Pabón, C. (2016). Las narrativas de desprecio: el sujeto “ñero” y la “limpieza social” en Bogotá. En M. Jimeno, C. Pabón, D. Varela e I. Díaz. (Eds.), *Etnografías contemporáneas III: el uso de la narrativa en la investigación antropológica* (pp. 217-237). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Perea, C. (2007). *Con el diablo adentro: pandillas, tiempo paralelo y poder*. México: Siglo XXI Editores.

Perea, C. (2014). Robar, pero no matar. Crimen, homicidio y violencia en Bogotá. En A. Jaramillo y C. Perea (Eds.), *Ciudades en la encrucijada: violencia y poder criminal en Río de Janeiro, Medellín, Bogotá y Ciudad Juárez*. Medellín: Corporación Región - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia.

Perea, C. (2016). *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.

Pinzón, N. (2007). Los jóvenes de la “loma”: Altos de Cazucá y el paramilitarismo en la periferia Bogotana. *Maguaré*, 21, 271-295.

Rocha, M. (2009). *Estado de derecho, seguridad y marginalidad: Representaciones en prensa sobre el fenómeno de la Limpieza social en Colombia 1988-1996* (Tesis de maestría). Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.

Rojas, C. (1994). *La violencia llamada "Limpieza social"*. Santafé de Bogotá: CINEP.

Salcedo, A., Suárez, C. y Vallejo, E. (2010). Faces of Illegality in Bogotá. *Tempo Social*, 22(2), 123-142.

Stannow, L. (1996). "*Limpieza social' en Colombia*" (Tesis de maestría). Simon Fraser University, Canadá.

Zambrano, I. y Marchi, R. (2015). La "limpieza social" en la construcción de la infancia moderna: aproximación teórica e histórica sobre los niños en situación de calle en Brasil y Colombia. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 20(1), 19-40.

Cómo citar esta reseña

Pabón Suárez, I. C. (2019). Reseña del libro *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*, del Centro Nacional de Memoria Histórica. *Universitas Humanística*, 87, 279-285. <http://doi.org/10.11144/Javeriana.uh87.lsvm>